

GERIFALTES EXTREMEÑOS: JOSE LOPEZ PRUDENCIO

En la insigne *Pax Augusta*, de los romanos, la *Bagasti* de los godos, el solar de los Aftásidas, nació el día 11 de noviembre de 1870 Martín José López Prudencio, señora figura literaria de Extremadura —se le llamaba en estricta justicia el Patriarca de las Letras Extremeñas— a quien conocimos en las postrimerías de su vida, durante la celebración de la primera asamblea de Estudios Extremeños en 1948, que constituyó un acontecimiento literario de la tierra parda.

Badajoz se enaltecía de que en su seno viese la luz primera López Prudencio, que, por nada de este mundo, quiso salir de la ciudad, dedicándole cuanto brotó de su ingenio esclarecido con sus excepcionales dotes de periodista y escritor, de literato y erudito, de prestigioso profesor, pese a las halagüeñas invitaciones que se le hicieron.

López Prudencio —que encarnó como pocos las cualidades de su raza excelsa e imperecedera— se inició en los estudios de las lenguas clásicas en el Seminario de San Atón, de donde salió cuando contaba 14 años, para seguir el bachillerato.

Después cursó las carreras de Filosofía y Letras y Leyes, obteniendo el grado de «Licenciado» en la primera. Las Universidades de Sevilla y Madrid conocieron el paso de aquel joven de figura arrogante, de singular empaque, que había de dar días de gloria a Extremadura con su pluma privilegiada, maravillosa.

El maestro Enrique Segura, amigo entrañable de López Prudencio, escribe: «Después del bachillerato y de sus estudios de Filosofía y Letras, alcanzó plena conciencia de sus afanes literarios al lado de maestros como don Federico de Castro y don Marcelino Menéndez y Pelayo».

López Prudencio cultivó en seguida la enseñanza. Fue el mentor de muchas generaciones que formó desde el ejercicio del profesorado en el Colegio del Carmen, que dirigió durante varios lustros y en el Instituto de Segunda Enseñanza.

«De todos los que ocupan cargos o ejercen profesiones —ha dicho un devoto del escritor— nacidos en Badajoz, raro será encontrar a alguno que no haya sido discípulo de don José. Era Benévolo en sus dictámenes, pero parco en elogios y más aún en dar notas elevadas, que sólo concedía al estricto merecimiento».

La enseñanza y el periodismo los compatibilizaba admirablemente López Prudencio, que bien pronto inició su colaboración en el decenario «Los Martes», en el que se defendía y enaltecía gentilmente al bello sexo.

En ambas profesiones sobresalió de modo extraordinario la recia personalidad. Díganlo por un lado las legiones de alumnos y por otro los diarios que capitaneó con una altura que todavía hoy lo citan como ejemplo los periodistas que tuvieron el honor de forjarse a su lado en la escuela de un auténtico maestro de periodistas.

El año 1900, López Prudencio fundó la revista literaria «Extremadura», que tuvo efímera existencia.

Poco tiempo después, cuando pasó a dirigir el Colegio del Carmen y resolver su situación económica, contrajo matrimonio con doña Adela Alvarez Ortega, no teniendo descendencia.

En «El Noticiero Extremeño» y «El Correo de la mañana», de su dirección, demostró sus relevantes aptitudes: su estilo era sobrio, conciso y sencillo, pero lleno de expresión. Tenía un concepto asaz elevado de la profesión periodística, poniendo cátedra de austeridad y valía.

López Prudencio era, además, el amigo y profesor que alentaba y aconsejaba a cuantos a él acudían. Su labor como periodista jamás la abandonó, dada su inclinación temperamental; aún en la ancianidad colaboraba en los diarios regionales como un modelo de laboriosidad.

«López Prudencio —anota su discípulo, el periodista emeritense Tomás Rabanal Brito— en la producción de su literatura periodística era fácil, espontáneo y ameno. Jamás sus artículos adolecían de esas adherencias, tan peculiares por entonces, que, como secuela de un periodismo del siglo XIX, dieron carta imprescindible al pesado y lato «artículo de fondo».

«López Prudencio publicaba artículos, editoriales, sueltos, crónicas que pueden ponerse al lado de las mejores de la prensa nacional. Famosos se hicieron aquellos artículos donde el maestro, tomando la palmeta con guante blanco, levantó la epidermis a los políticos de oficio, desmenuzando la mentira de aquellos sufragios, rémora de España y cieno sobre nuestros valores raciales».

Como ensayista y biógrafo, López Prudencio produjo numerosas e importantes publicaciones, obras delicadas de las que exhala un suave perfume con que su egregio autor acrecentó tanto prestigio para Extremadura. En

1912 dio a la estampa «El genio literario de Extremadura», «Apuntes de literatura regional». En 1915, apareció «Diego Sánchez de Badajoz», estudio crítico, biográfico y bibliográfico. Memoria premiada con accésit en el concurso público de 1910 a 1912 por la Real Academia Española e impresa a sus expensas. También este mismo año vio la luz pública su volumen «Extremadura y España», libro de historia regional, bajo el mecenazgo del doctor don Regino de Miguel. Se trata de un libro de exaltación patriótica.

En las obras que estamos citando aparecía perfectamente definida la faceta prudenciana en el campo de la historia y la literatura muy bien ensambladas. A 1917 corresponde su «Vargueño de saudades», páginas transidas de unción poética. De 1925 y 1926 datan «Relieves antiguos» y «Libro de las horas anónimas», estampas evocadoras de escenas y personajes. Posteriormente prosiguió trabajando en una serie de biografías como «Isabel la Católica», «El Gran Capitán», «San Mason, Arzobispo de Mérida», «Recopilación en metro», que dirigió y anotó, dejándola incompleta, ya que solamente se conoce el primer tomo.

En la benemérita «Revista de Estudios Extremeños», de Badajoz —por la que tanto se interesan en Hispanoamérica— legó no pocos estudios, ensayos que han contribuido a conocer adecuadamente a Extremadura y sus hijos y empresas: Cristóbal de Mérida, los Naharro, de la Torre de Miguel Sesmero, Espronceda, Forner, Mérida, el imperio español, el Municipio de Badajoz, y sus notas literarias de Extremadura.

Pero, sobre todo, José López Prudencio era un magnífico crítico literario y sus juicios han sido reconocidos por la agudeza y penetración que los caracterizaba. Ejerció con gran autoridad la crítica literaria. Ahí están los que, al correr de los años y con anterioridad a la guerra española, fue acumulando en «ABC» de Sevilla primero y después en el de Madrid, a cuyas colecciones habrá que acudir siempre que se trate de examinar la literatura española de los últimos tiempos de la primera mitad de la actual centuria. Crítico preparado, cumplía un difícil trabajo de la mayor importancia, sobre todo si se tiene en cuenta que sólo disponía del espacio que recibía muchos libros. Cabe por tanto sostener la gratitud del escritor seleccionado por el crítico.

¡Cuántos libros recibiría que no merecieran la crítica! López Prudencio se ocupaba de los de mérito que resaltaba con sus agudas observaciones y profundos y vastos conocimientos.

Fernando Gastón Durán ha estudiado lo que denomina la comprensión crítica de López Prudencio. Por el acierto con que trata este aspecto de la obra del maestro transcribimos a continuación parte de sus consideraciones. «Cuanto afecto —escribe Gastón Durán en el número extraordinario de "Alor", consagrado a enaltecer la memoria del gran periodista— cuánto

cariño, qué grande devoción lírica se descubre en los juicios críticos de López Prudencio. Los tesoros literarios de los otros no le apenan, ni le cubren con la amarillez de la envidia. Va a enconralos, tal vez, más colmados y beneméritos que los de la propia cosecha, pero no siente la amargura de las comparaciones. Su gesto es de prócer y elegante ademán. Y todas las estrellas que descubra en el cielo ajeno serán señaladas con júbilo entero al coro de los lectores».

«Mide despacio *labor limae* las palabras de loa o de reproche con que signa el pleito de los extraños libros; porque sabe que aquel su comentario se solidariza con los autores, envolviéndolos en fraternal abrazo y avizorando la perpetuidad que le acompañará al consumo de lo que perdure la obra criticada.

«Cuenta, por último, López Prudencio con la sutilísima y encumbrada dote de la comprensión. Su mirada reflexiva y aguda, penetra a través de la *fermosa cobertura*, ponderando los aciertos, disimulando con discretos modos los menos bellos semblantes de la obra, y, en este último caso nadie podrá advertir en nuestro crítico el más ligero indicio de animadversión, ni el escamoteo más leve de las supuestas ajenas gracias. Insensible al aplauso o a la censura, nadie podrá tildarle del que mermó ni una espiga siquiera de las gavillas de otras trojes. A su comprensión corteja la más augusta e insobornable serenidad.

«Cautivados por los cánones, medidas y sondeos de tan excelto maestro, cuantiosos escritores acudían en porfiada peregrinación, pretendiendo alzar, para la materia artística, aquella su mirada culta, devota y comprensiva, prenda anticipada de inmortalidad y lauros».

Y esta dedicación fue la última que tuvo López Prudencio. Pocos días antes de morir comenzó la crítica de la original y pulcra novela «El embrujo de Turbinedst» —cuya acción se desarrolla en Inglaterra— del escritor badajocense Alberto Matallana, que hubo de abandonar a la séptima línea y que leímos con emoción porque nos habla de una inteligencia que volaba hacia regiones más elevadas...

No es posible en la brevedad de este perfil concretar las diversas facetas que comprendió la obra de López Prudencio. Era el alma del Centro de Estudios Extremeños y colaborador asiduo de la revista del mismo, Cronista Oficial de Badajoz —fue nombrado de 1930—; Archivero Municipal, Presidente de la Comisión de Monumentos, Decano del Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias y Filosofía y Letras, cometidos que simultaneaba con la labor docente en el Instituto de Enseñanza Media. Y aún hemos de agregar que pertenecía como Académico Correspondiente a las Reales Academias de la Lengua —era el único de la región cuando ocurrió su óbito— y de la Historia, que era Socio de Honor de la Asociación de la Prensa

Pacense y de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, Presidente de Honor de la I Asamblea de Estudios Extremeños e Hijo Predilecto de Badajoz, honrosa designación que recibió en 1942. Bien puede afirmarse que sintetizó la vida espiritual de Extremadura en los últimos cincuenta años, en la primera mitad de la presente centuria.

Martín López Prudencio falleció en Badajoz el día 19 de septiembre de 1949, cuando Extremadura se disponía a tributarle el homenaje que le debía por sus altos merecimientos ganados esforzadamente como un vástago de una estirpe sufrida y abnegada. Las mejores firmas de la región se ocupaban de llevarlos a cabo ideando la adquisición de sus obras y con ello y en forma delicada se velaba por un vivir más amable y holgado; pero Dios no quiso que se viese realizada tan noble y generosa iniciativa.

Con la ausencia para siempre de López Prudencio desapareció de Extremadura un ilustre escritor y académico, un maestro de periodistas que al fallecer con la péñola en la mano y frente a las albas cuartillas legó la más suprema lección.

Precisamente «La lección de José López Prudencio» se tituló la conferencia que pronunció en Badajoz el día 18 de noviembre de 1949 el ensayista badajocense Francisco Elías de Tejada, quien al estudiar la obra del maestro, afirmó rotundamente que «contemplamos en José López Prudencio el descubridor de la genialidad de Extremadura, al primero que se dio en averiguar qué sea lo extremeño». «Leyéndole —sigue el docto profesor— aprendemos a considerar parte esencial del alma extremeña. José López Prudencio puso la gracia de una orla y el sello de una definición extremeña».

«Ya veis si es grande su legado. Por siempre lo recordaremos, y por siempre lo recordarán nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos. Mientras sobre estas tierras soleadas siga brillando el sol de cada mañana, saludaremos su nombre escrito en el lucero de la aurora. Y mientras siga bordando ponientes el ocaso en aquella gama que al morir el día embebía su contemplación diaria, en el rayo postrero, leeremos los signos de su testamento espiritual».

No será ya posible escribir la historia de nuestro pueblo prescindiendo del varón que le dió sentido y la trazó según las directrices. No será ya posible sentirse extremeño sin leer en sus obras la primera definición cabal de Extremadura. No será ya posible insertar nuestro quehacer en el quehacer universal de las Españas sin tener presente que López Prudencio nos enseñó nuestra razón de ser español cuando nos definió nuestras esencias de extremeños».

Bellas, poéticas y exactas palabras, merecedoras de figurar en este bosquejo de quien mejor supo definir «el genio literario de lo extremeño en la literatura».

El epistolario de las grandes figuras siempre ofrece el mayor interés. En las cartas aparecen aclaraciones, citas, se incluyen algunas frases que no pueden ir en los textos, algunas explicaciones, se mencionan otros personajes, etcétera (por las cartas se supo que Felipe II no reconoció más maestro que a su egregio padre).

El epistolario de López Prudencio es interesantísimo. En su archivo hay correspondencia de las principales figuras de la literatura de su época. Alejandro Pérez Lugín, Luis Ruiz Contreras, «Azorín», pertenecientes a la generación del 98, Fernández Florez, etc.

En todas estas misivas se registran aspectos, intimidades que contribuyen en gran manera a un mejor conocimiento, más profundo y exhaustivo, de la vida nacional y, sobre todo, de las letras que es el aspecto aquí abordado.

Cautiva especialmente la correspondencia entre «Azorín» y Ruiz Contreras con López Prudencio.

López Prudencio también se asomó a la vida política de Extremadura desde el ángulo de la colaboración activa en servicios que son recordados por los badajocenses. Fue Vicepresidente de la Diputación Provincial de Badajoz.

Desde los periódicos, en los que dejó su impronta, contribuyó en alto grado con sus orientaciones, consejos, didascalias y normativas, etc., con frutos de su saber y amor a Extremadura.

La valoración de la obra de López Prudencio comienza ahora. Son varios los estudiosos de su figura y afanes culturales. Esto, independientemente de las referencias, de la cita, obligada siempre que se trata de abordar algún problema literario relacionado con la región.

En las cartas los comentarios se hacen con más sinceridad. Algunos como los de Wenceslao Fernández Flórez en torno al humorismo. Se cuidaba más la caligrafía. De Benavente se decía que era el «tormento de los cajistas».

Por una consideración especial nos ha sido dable examinar el apistolario de López Prudencio, las cartas a él dirigidas. Figura en el mismo apistolario de Agustín G. de Amezúa, J. P. Aguilar Catena, Valentín Andrés Álvarez, Alvaro Alcalá Galiano, Emiliano Ramírez Angel, F. Ayala, Jacinto Benavente, Francisco Camba, Emilio Cotarelo, Salvador González Anaya, Gregorio Corrochano, Francisco de Cossío, Angel Cruz Rueda, José Cuartero, Luis Chamizo, Gerardo Diego, Concha Espina, Antonio Espina, Wenceslao Fernández Flórez, José Francos Rodríguez, P. Getino, Ramón Gómez de la Serna, A. González Blanco, Ernesto Giménez Caballero, A. Hoyos y Vinet, Eduardo Hernández Pacheco, Publio Hurtado, Benjamín Jarnés, Rafael López de Haro, Ricardo León, Marcelino Menéndez Pelayo, Pedro Mata, Manuel Machado, José Ramón Mérida, Ramón Menéndez Pidal, Augusto Martínez Olmedilla,

Matías R. Martínez, Gabriel Miró, Marqués de Monsalud, Margarita Nelken, J. Ortiz de Pinero, Armando Palacio Valdés, José Polo Benito, Darío Pérez, Alejandro Pérez Lugin, Salavería, Mario Roso de Luna, Eugenio D'Ors, Francisco Rodríguez Marín, Diego de San José, Manul Siurot, Sinesio Delgado —que fue quien introdujo a López Prudencio en «ABC»—, Pedro Sáinz Rodríguez, «El Bachiller de Alcañices», Luciano de Taxonera, Felipe Trigo y Eduardo Zamacois.

Entre las obras principales que publicó López Prudencio hay que registrar el «Libro de las anónimas», (1926); «Bargueño de saudades», (1917); «Relieves antiguos», (1925); «Extremadura y España», (1929); «Diego Sánchez de Badajoz», (1910); «Genio Literario de Extremadura», (1912); «El Gran Capitán», (1943); «Isabel la Católica», (1947); San Masona, Arzobispo de Mérida», (1945); «Notas literarias de Extremadura», (1932); «Extremadura», conferencia pronunciada en Sevilla con motivo de la exposición Iberoamericana; «Meditaciones de la vida», capítulo incluido en la obra «La muerte es la vida», de Teófilo Ortega.

Todo es de interés en sus libros, pero si algo hubiéramos de destacar nos inclinaríamos por las dedicatorias; —el escritor las llama ofrendas—. Tienen un sello especial, propio de su espíritu muy delicado. Y entre todas elegimos en primer lugar la contenida en «El genio literario de Extremadura». «Apuntes de literatura regional», dedicado a su madre y que dice así:

Yo lo pongo como una ofrenda, en el ara santa que, en mi alma, tiene la memoria de mi madre, porque en el venero fecundo y liminoso de su amor se abrevó y caldeó mi culto por las glorias de esta tierra, donde ella nació, donde nació amorosa mi cuna y en cuyo seno descansa eternamente su cuerpo, desde que entre mis brazos se durmió santa y resignadamente en la paz del Señor el día 13 de agosto de 1898, cuando todavía los años de su edad no se hubieran atrevido a comenzar, sin la ayuda de los infortunios, a esparcir sobre su frente serena la nieve augusta de la vejez».

No podemos omitir en esta breve semblanza los llamados «Martes de Don José», tertulia que reunía a las personas de verdaderas inquietudes literarias y artísticas de Badajoz, en casa del insigne escritor, en el número 6 de la calle Suárez. Sólomente los martes. Acudían Enrique Segura, Francisco Rodríguez Perera, Sito Alba —cuando estaba en Badajoz de regreso de sus largas ausencias—, Manuel Pacheco, Isabel Buenadicha, Julio Cienfuegos, Manuel Terrón Albarrán, Juan Antonio Cansinos, Andrés Calderón Rodríguez, Leían Cansinos e Isabel Buenadicha, que recitaba admirablemente.

López Prudencio lo llenaba todo. No necesita adjetivos. Era un convencido de encontrar en sus búsquedas y estudios el alma de Extremadura en toda la obra mental de sus hijos.

Eloy Soriano, presbítero y poeta badajocense, dedicó a la memoria del

amigo y maestro paternal tres sonetos impregnados de una leve vibración romántica. He aquí los sonetos y sus títulos:

EL MAESTRO

Maestro, qué es un hombre y qué es un niño
supiste siempre, y también lo que valía
una enseñanza envuelta en la ironía
florida de sonrisas y cariño.

El pálido violeta con que tiño
mi pobre verso es la melancolía
de alegre juventud que fuera un día
blanda cera en tus manos, blanco armiño.

De tí aprendió a buscar, estremecida,
las más puras esencias de la vida.
No formaste cerebros de erudito,

desván de fichas y conceptos muertos,
sino anchos corazones siempre abiertos
a la emoción astral del infinito.

EL ARTISTA

Campos, nostalgia, honor, romanticismo
canta tu hidalga prosa en rica gama.
Para el que siente, sufre, espera y ama
pluma, lira o pincel, todo es lo mismo.

Valle-Inclán extremeño, el erotismo
en que a sus hembras lívidas inflama
el viejo Bradomín truecas tú en llama
de limpio amor, frontero al misticismo.

Montevirgen, Purita, Magdalena...
mujeres, heroínas, vuestra pena
deslie en las horas lentas del camino

dulce aroma sutil de eternidades,
cadáver de una rosa de «saudades»
guardado en un vargueño florentino.

EL HOMBRE Y SU CIUDAD

De noche, fiel amante de la ciudad dormida,
cruzas sus rúas angostas de tradición moruna
oyendo serenatas de claveles y luna,
tu airosa capa al viento y el alma estremecida.

Sus sonrisas, sus brazos, las gemas de la vida,
como una cortesana, te brindó la Fortuna
Rendirte a sus encantos pensabas que era una
torva tradición sin nombre a tu ciudad querida.

No supiste arrastrarte, ni vestir colorines
en la aplaudida farsa que, en sucio chalaneo,
honra a Polichinela y encumbra a los Crispines.

Caballero y artista, siempre dijiste «creo»
alto y claro, a despecho de las voces ruines,
cuando para ser «algo» había que ser «ateo».

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

BIBLIOGRAFIA

- Calderón Rodríguez, Andrés: *Perfil humano de Don José* (Alor) hojas de poesía. Número homenaje a Don José López Prudencia, debido a la Diputación Provincial de Badajoz, 1950.
- Castón Durán, Fernando: *La comprensión crítico-literaria de López Prudencio* (Alor). Número homenaje a Don José López Prudencio, debido a la Diputación Provincial de Badajoz, 1950.
- Cienfuegos Linares, Julio: *Siempre la nostalgia* (Alor).
- Díaz-Ambrona Moreno, José: *López Prudencio y Badajoz* (Alor).
- Elías de Tejeda, Francisco: *López Prudencio, hoy*. Diario Extremadura, de Cáceres, correspondiente al día 19 de noviembre de 1949.
- *Tres escritores extremeños* (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz y José López Prudencio). Trabajo aparecido en la Colección de Estudios Extremeños (Diputación Provincial de Cáceres, Servicios Culturales, 1950).
- Diario «Extremadura»: *Duelo en Extremadura. López Prudencio ha muerto*. Correspondiente al 29 de septiembre de 1949.
- Diario «Hoy»: *Don José ha muerto. Su última cuartilla*. Correspondiente al día 20 de septiembre de 1949. Badajoz.
- Mariscal Montes, Julio: *A Don José López Prudencio, en el I aniversario de su muerte*

(Alor). Número homenaje a Don José López Prudencio, debido a la Diputación Provincial de Badajoz, 1950.

Gutiérrez Macías, Valeriano: 'López Prudencio, periodista y crítico literario', *Revista Alcántara*, 25 (noviembre de 1949).

Monterrey, Manuel: *Retrato a pluma* (Alor). Hojas de poesía. Número homenaje a Don José López Prudencio, debido a la Diputación Provincial de Badajoz, 1950.

Pacheco, Manuel: *Evocación* (Alor) idem.

Rodríguez Amaya, Esteban: *La afirmación de Extremadura en López Prudencio* (Alor) idem.

Rodríguez Perera, Francisco: *En la ausencia de don José López Prudencio* (Alor) idem.

Segura, Enrique: 'In Memoriam'. El amigo entrañable', *Revista Alcántara*, 24 (octubre 1949).

Vaca Morales, Francisco: *Su concepto del arte* (Alor). Hojas de poesía. Número homenaje a Don José López Prudencio, debido a la Diputación Provincial de Badajoz, 1950.

Vegas, Celestino: *Evocación de López Prudencio en el viejo Badajoz* (Alor) idem.

Soriano Díaz, Eloy: 'José López Prudencio. Un recuerdo y tres sonetos', *Rev. Alcántara*, 26 (diciembre 1949).

— *Bohemios* (Alor) idem.

Terrón Albarrán, Manuel: *Pétalos de saudades* (Alor) idem.

— *El solar de los aftásidas* (Aportación temática al estudio del reino moro de Badajoz. Siglo XI). Centro de Estudios Extremeños. Institución Cultural «Pedro de Valencia» (Badajoz 1971).

BIBLIOGRAFÍA

Alor, José. *Retrato a pluma*. Hojas de poesía. Número homenaje a Don José López Prudencio, debido a la Diputación Provincial de Badajoz, 1950.

Monterrey, Manuel. *Retrato a pluma*. Hojas de poesía. Número homenaje a Don José López Prudencio, debido a la Diputación Provincial de Badajoz, 1950.

Pacheco, Manuel. *Evocación*. (Alor) idem.

Rodríguez Amaya, Esteban. *La afirmación de Extremadura en López Prudencio*. (Alor) idem.

Rodríguez Perera, Francisco. *En la ausencia de don José López Prudencio*. (Alor) idem.

Segura, Enrique. 'In Memoriam'. El amigo entrañable. *Revista Alcántara*, 24 (octubre 1949).

Vaca Morales, Francisco. *Su concepto del arte*. (Alor). Hojas de poesía. Número homenaje a Don José López Prudencio, debido a la Diputación Provincial de Badajoz, 1950.

Vegas, Celestino. *Evocación de López Prudencio en el viejo Badajoz*. (Alor) idem.

Soriano Díaz, Eloy. 'José López Prudencio. Un recuerdo y tres sonetos'. *Rev. Alcántara*, 26 (diciembre 1949).

— *Bohemios*. (Alor) idem.

Terrón Albarrán, Manuel. *Pétalos de saudades*. (Alor) idem.

— *El solar de los aftásidas*. (Aportación temática al estudio del reino moro de Badajoz. Siglo XI). Centro de Estudios Extremeños. Institución Cultural «Pedro de Valencia» (Badajoz 1971).

entre Francisco Solimena y Matteis, siendo Solimena un coltado artista con escuela establecida de gran relevancia artística. Este hecho por el contrario no supuso para Matteis descenso de clientela ya que continuó con abundante obra hasta su muerte. En 1728 murió, después de una amarga vida, siendo conocido tanto por su obra, como por su vanidad, que le llevó a entretamientos continuos con sus contemporáneos.

La obra de Matteis, como hemos referido anteriormente, se caracterizó debido a las escencias del artista en diversos países europeos y a la rapidez con que ejecutó sus obras, dando lugar a un gran número de sus obras.

MILAGRO DE SAN FRANCISCO. UN LIENZO DE PAOLO DE MATTEIS

De un tiempo a esta parte viene revalorizándose la obra y figura del pintor napolitano Paolo de Matteis dentro del panorama artístico español. Los profundos estudios realizados por el profesor Alfonso Pérez Sánchez, sobre este artista ha colaborado en manera suma a aceptar una nueva visión sobre este artista, dentro del ámbito de la crítica artística, ya que sus continuos hallazgos sobre obras de este autor, esparcidas por la península, han suscitado nuevas perspectivas a la hora de contemplar la figura de Mattei, en el ámbito nacional¹.

Paolo de Matteis nació cerca de Nápoles, en Cilento, en 1662. Su infancia transcurrió en Roma, dónde se inició en la pintura en el taller de Giovanni María Morandi. En 1683 pasó de nuevo a Nápoles bajo la protección del Marqués de Carpio, nuevo virrey en la ciudad. Su formación definitiva fue adquirida en el taller de Luca Giordano, de quién recibió sus mejores enseñanzas y una profunda huella que marcará las pautas de su obra. Fué un artista de su tiempo, viajero infatigable, residió en París durante un tiempo, bajo el patrocinio de la corte del Delfín. De allí pasó a Inglaterra, donde fue elegido por Lord Shaftesbury como pintor adecuado para traducir, en términos visuales, las directrices de su dogmático ensayo sobre «La Elección de Hércules»². De vuelta a Roma en 1705, su carácter impulsivo y a veces violento le enfrentó a un grupo de artistas de la ciudad. Es probable que estas dificultades fueran el motivo por el cual se desplazó de nuevo a Nápoles; en esta ciudad se convirtió en una de las figuras claves de su movimiento artístico, trabajando frenéticamente hasta su muerte. Sin embargo, las dificultades le acompañarán de nuevo, ya que pronto surgió la rivalidad

1 Pérez Sánchez, A. E.: *Pintura italiana del siglo XVII en España* (Madrid 1965) pp. 405-13.

2 Wittkower, R.: *Arte y Arquitectura en Italia, 1600-1750* (Madrid 1979) p. 578.